
Michel Graulich, *Moctezuma, apogeo y caída del imperio azteca*, Era/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2014.

por Elena Mazzetto

Veinte años después de la publicación del libro de Michel Graulich *Montezuma, ou l'apogée et la chute de l'empire aztèque*, de la editorial parisina Fayard (1994), Ediciones Era y el Instituto Nacional de Antropología e Historia propusieron su traducción al español. Este texto, por su tema, no deja de plantear interrogantes actuales aún debatidas en la historia de los estudios mesoamericanos. Motecuhzoma Xocoyotzin, el *tlatoani* mexica que gobernaba la capital tenochca de México-Tenochtitlan a la llegada de los conquistadores de Hernán Cortés es, sin lugar a duda, la figura que despierta más curiosidad e interrogantes en el panorama del mundo nahua prehispánico. Los acontecimientos que involucraron a este rey, que tuvo que cargar sobre su espalda el peso del fin del Quinto Sol, las decisiones que tomó después de la llegada de Cortés a sus tierras, la aparente “falta de reacción” de su conducta hacia los invasores, son interpretados a través de un enfoque brillante y novedoso hasta la fecha, basado en el papel fundamental del corpus mítico mesoamericano en la reelaboración de la realidad histórica.

Se trata del hilo conductor de la introducción del libro, en la que Graulich nos guía a través de una presentación general de las fuentes utilizadas a lo largo del texto, explicando a grandes rasgos el sistema de registro de la memoria indígena y sus límites en la reconstrucción de una versión histórica unívoca y atendible. Porque cuando alguien se compromete a investigar un

personaje tan debatido como Motecuhzoma II, utilizando las fuentes documentales españolas pero también los documentos nahuas del siglo XVI, surge espontánea una primera pregunta metodológica: con base en las múltiples versiones etnocéntricas proporcionadas por los diferentes pueblos que habitaban el Valle de México, preocupados en otorgar su punto de vista, glorificando sus dinastías y caudillos y deformando los acontecimientos históricos con el objetivo de disminuir los logros de los pueblos enemigos ¿realmente es posible realizar la biografía de un personaje prehispánico? A pesar de los límites existentes en los datos a veces muy fragmentarios de las fuentes, considero que el autor vence muy bien este reto, con base en la importancia otorgada a la reinterpretación de la vida del soberano leída a través de los temas cíclicos de los mitos mesoamericanos.

En el prólogo, Graulich proporciona con precisión toda la información necesaria para que un público no entrenado de los temas míticos y religiosos del México antiguo pueda comprender la interpretación propuesta en el libro. Se trata de las grandes cuestiones estudiadas por el especialista a lo largo de su carrera como americanista. Así que el mito de la transgresión que tuvo lugar en Tamoanchan, el destrozamiento de Tlaltéotl y la creación del Quinto Sol en Teotihuacan sirven para explicar los conceptos básicos relacionados con la teoría del “sol de la tarde”, simple reflejo del sol verdadero en un espejo de obsidiana negra; con el sacrificio humano; con la lucha entre hermanos enemigos como ley de la alternancia cósmica y, finalmente y sobre todo, con la oposición entre sedentarios lunares y civilizados y recién llegados solares y pobres, tema que se retomará en detalle a lo largo del texto.

El libro está formado por quince capítulos: del primero al décimo está completamente consagrado al mundo en el que Motecuhzoma nació y creció. Con un estilo directo y simple, mejorado por la ausencia de numerosas notas al pie de página, Graulich nos regala un texto culto y divulgador a la vez, cuya finalidad es volver accesible para todos el universo nahua prehispánico a través de un uso sabio de la narrativa.

En el primer capítulo, el autor presenta el Valle de México, su situación política, así como la historia de los aztecas-mexicas y de sus soberanos hasta Ahuítzotl, el predecesor de Motecuhzoma II. Ésta se vuelve una ocasión para explicar la visión de la historia como mito, Aztlan como reflejo mítico de México-Tenochtitlan y la supuesta sustitución del culto de Quetzalcóatl con el de Huitzilopochtli, realizada por los recién llegados tras la guerra que había puesto fin al dominio tepaneca de Azcapotzalco. El estudio de las crónicas relacionadas con los reyes que precedieron a Motecuhzoma II propor-

ciona también la oportunidad de debatir sobre el origen y el significado de las “guerras floridas” entre las ciudades de la Triple Alianza y las del valle poblano-tlaxcalteca. La conclusión propuesta por el autor es que —a pesar de la importancia otorgada al abastecimiento constante de víctimas humanas— estos conflictos armados guardaban objetivos económicos muy evidentes; por ello, la realización de estas “guerras de deterioro” tenía la finalidad de debilitar cada vez más las ciudades enemigas a través de un verdadero “asedio programado”.

El segundo y el tercer capítulos tratan de la vida del soberano hasta la guerra para legitimar su entronización como *tlatoani*. La reconstrucción de los acontecimientos —las etapas de la entronización, el regreso del ejército, las ceremonias...— está basada en fuentes como Durán y Tezozómoc. Sin embargo, el autor hace un “uso narrativo” de las fuentes que torna muy agradable la lectura. La integración de los cautivos a la vida social mexicana antes de su sacrificio lleva Graulich, por un lado, a postular el tema de la doble inmolación mexicana: al sol y a la tierra; y, por el otro lado, a retomar la teoría del sacrificio propuesta por René Girard, del que toma cierta distancia con base en el carácter “no indispensable” de la integración de la víctima en la vida social de su dueño.

Es a partir del cuarto capítulo, dedicado a las reformas políticas y religiosas del reinado del soberano, que Graulich presenta el tema central más interesante de su libro, esto es, el supuesto pecado de orgullo que identifica *a posteriori* a Motecuhzoma como el modelo negativo de soberano en las fuentes nahuas del siglo XVI. Reformas como la sustitución de los servidores del palacio con gente de origen noble, así como el desplazamiento de la fiesta del Fuego Nuevo del año 1 Conejo al año 2 Caña, son el origen de la acusación de la deificación del soberano, cuyo orgullo desmesurado habría acarreado la caída inevitable del imperio. Con base en los mitos mesoamericanos, entre los que el más notable es el pecado de orgullo de los hijos de la pareja suprema, que quisieron crear y por ende igualar a sus creadores, Graulich insiste en la importancia del orgullo inmoderado como causa principal del fin de las eras, así como sobre la construcción póstuma de Motecuhzoma como prototipo negativo de rey arrogante desprovisto de humildad. Se trataría de una interpretación elaborada por los mexicanos después de la Conquista, con el objetivo de otorgar una explicación al fin dramático del Quinto Sol. En esta búsqueda de un necesario responsable, los mexicanos retomaron un modelo mítico bien conocido y lo utilizaron adaptándolo a la historia del *tlatoani*. A partir de esta constatación, Graulich pone en duda la

autenticidad de los datos recolectados y cuestiona la deificación del soberano con base en el concepto de “realeza sagrada” existente en el mundo nahua, donde el *tlatoani* sólo representaba una o varias *ixiptla* de los dioses. Los capítulos siguientes están focalizados en la historia de las conquistas militares llevadas a cabo por el *tlatoani*. Si el quinto capítulo describe con detalle las batallas contra el Valle de Puebla y contra Oaxaca, objetivos tácticos del gobierno de Motecuhzoma, el sexto abre un paréntesis relativo a la participación del soberano en la vida litúrgica de su tiempo, como su presencia en las fiestas de las veintenas del año solar, por otra parte tema de investigación central en la carrera del autor.¹ En efecto, en este capítulo Graulich aprovecha la ocasión para presentar las recurrencias religiosas en las que el *tlatoani* actuaba como actor principal. Como el autor comenta acertadamente, no se trataba de veintenas elegidas al azar, sino de las ceremonias donde se celebraba el culto del sol (*Tlacaxipehualiztli*, *Tóxcatl*, *Panquetzaliztli*), de Venus-Maíz (*Ochpaniztli*, *Quecholli*), de la realeza y de los nobles (*Huey Tecuilhuitl*), del fuego como protector de los soberanos (*Xócotl Huetzi*, *Izcalli*) y de la lluvia (*Atlcabualo*, *Huey Tozoztli*).

El séptimo capítulo anuncia el cambio que pronto destruirá el mundo nahua, pues insiste sobre lo infructuoso de las guerras contra el valle poblano-tlaxcalteca y la rivalidad con la ciudad de Texcoco: en efecto, los tlaxcaltecas representarán los mejores aliados de los conquistadores, y la fractura en la Triple Alianza proporcionará una vez más nuevas tropas a Cortés.

Es sin duda a partir del capítulo octavo que se desarrolla el tema de la Conquista, ya que Graulich se dedica a un tema muy conocido y estudiado, el de los años que precedieron la llegada española: los presagios. Éstos se dividen en dos tradiciones: la mexica y la española. El autor las estudia con detalle, desmontando algunas profecías sobre las que demuestra influencias europeas evidentes. Con respecto de las señales recopiladas por Sahagún, se explican con base en la división dualista del cosmos mesoamericano o del *atl-tlachinolli*, la guerra y la unión de contrarios: los primeros presagios de origen celeste e ígneo (el templo del dios del fuego golpeado por un rayo, una cometa...), los últimos de origen telúrico y acuático (la laguna de México hirviendo, el extraño pájaro con un espejo que refleja la noche puesto en la

1 Véanse los textos siguientes: M. Graulich, *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1999; M. Graulich, *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique*, Louvain-La-Neuve, Académie Royale de Belgique, 2000.

cabeza...). Tenochtitlan va lentamente volviéndose el reflejo de la Tollan mítica poco antes de su caída de la mano de Tezcatlipoca: ¿acaso Motecuhzoma no quería reconstruir el templo de Huitzilopochtli, hecho enteramente de oro, *chalchihuites* y plumas de quetzal? ¿No es ésta precisamente la descripción de la casa de la Serpiente Emplumada, quien vivía en un lujo suntuoso, y por ello destinada al ocaso? El partido de *tlachtli* entre Motecuhzoma y Nezahualpilli sella definitivamente el paso de una era a otra, pues en la narrativa mítica el simbolismo de la pelota que va y regresa conlleva siempre alternancia, cambio y transición. Graulich insiste sobre la construcción *a posteriori* de estos fenómenos como tentativa llevada a cabo por los mexicas para volver la Conquista algo anunciado y previsto en la concepción cíclica del tiempo. Es la “invención del ocaso”.

Las últimas guerras en Oaxaca y Veracruz, la sucesión de Nezahualpilli y la intervención de Motecuhzoma, quien designa a Cacama como sucesor desencadenando la ira del legítimo heredero al trono Ixtlilxóchitl (capítulo noveno), abren paso a la descripción de las tres expediciones españolas que tocaron las costas mexicanas y a los acontecimientos que las caracterizaron entre 1511 y 1519 (capítulo décimo). El enfoque de Graulich es interesante pues en efecto no se limita a una descripción átona de los eventos; su lectura responde a la pregunta: ¿cuál fue el papel del soberano mexica en el desarrollo de los acontecimientos? El autor reconstruye el hilo lógico de los hechos en búsqueda de las huellas de las órdenes directas detrás de eventos determinados descritos en las fuentes como peticiones expresadas por los señores de la costa. Así que, desde la perspectiva del autor, el hecho de que Juan de Grijalva haya sido enteramente vestido con ropas de oro y el hecho de que se haya pedido el rescate del prisionero que había vivido entre los recién llegados pagando su peso en oro, representarían estrategias a través de las que Motecuhzoma intentó identificar a Grijalva como uno de sus dioses —en este caso Xipe Tótec— y conocer más acerca de las costumbres de los extranjeros.

Queda claro que en este análisis no podía faltar el debate sobre la supuesta identificación entre Cortés y Quetzalcóatl, a la que Graulich dedica todo el capítulo undécimo. El punto de partida es la importancia del significado de la palabra *teotl/teteo* como “algo extraordinario”, utilizada para identificar los recién llegados, así como el sentimiento de culpabilidad del *tlatoani* hacia la Serpiente Emplumada, que su pueblo había sustituido con Huitzilopochtli y relegado a su advocación de dios del viento, Ehécatl. El mito postcortesiano, la construcción póstuma de la figura divina de la Serpiente Emplumada, las aportaciones nahuas y españolas a la creación de esta

leyenda, el autor no olvida ningún aspecto, a la vez que vuelve a insistir sobre el problema de las fuentes nahuas, en las que los eventos se estructuran de forma inconsciente a partir del mito.

A medida que se desarrollan las etapas de la Conquista —las victorias militares de los españoles, la alianza con los pueblos sujetos a los mexicas, la avanzada hacia el Valle de México— Graulich desmantela la idea preconcebida de un Motecuhzoma indefenso, indeciso, rey inerme frente al enemigo. Al contrario, el autor pretende demostrar cómo las iniciativas y decisiones tomadas por el *tlatoani* fueron numerosas y dictadas por una lógica evidente: la de los ejemplos míticos. El tema de la oposición entre los españoles recién llegados, extranjeros solares, y los mexicas que se volvieron sedentarios autóctonos y lunares —como los toltecas legendarios— se vuelve central. Para obtener la victoria, Motecuhzoma emplea estrategias propias de los sedentarios, de los seres telúricos como Malinalxóchitl y Quilaztli: el engaño y la hechicería. Paso a paso, las pruebas que el soberano se prepara para los conquistadores calcan las de la narrativa mítica mesoamericana, que no pueden ser más que un fracaso. Por esta razón, la presentación de un sosias a Cortés retomaría el episodio en el que Tezcatlipoca muestra a Quetzalcóatl su imagen reflejada en un espejo, en el que el rey de Tollan descubre ser monstruoso, un astro destinado al ocaso. El ofrecimiento de mujeres evocaría la trampa de los enemigos a los mayas-quichés, quienes querían quitarles su fuego interior volviéndolos sedentarios, esto es, casados. El camino equivocado preparado por los mexicas, así como la comparsa de un falso Motecuhzoma, debían engañar a los extranjeros igual que como las efigies de madera de los señores de Xibalbá engañaron a los gemelos Hun Hunahpú y Vucub Hunahpú en el *Popol vuh*, decretando su muerte, debido a su incapacidad de reconocer las apariencias tramposas.

Paralelamente a la lectura en clave mítica de la estrategia de Motecuhzoma, Graulich desmantela diversas versiones proporcionadas por las fuentes acerca de algunos episodios cruciales de la Conquista, como las masacres de Cholula (capítulo decimotercero) —el mito de los cargadores de agua exterminados por los españoles— y de la fiesta de Tóxcatl (capítulo decimoquinto). La reelaboración póstuma de estos acontecimientos pretende demostrar la inocencia de los mexicas, masacrados injustamente, y fortalecer la cobardía de Motecuhzoma, cuya tentativa de huir a Cincalco, suicidándose como Huémac, lo identifica por completo con el prototipo lunar y femenino del perdedor. Esta interpretación mancha aún más la reputación de los españoles, a la vez que permite al autor desmentir la validez de crónicas como la

de Bernal Díaz del Castillo. Según Graulich, tanto en Cholula como en la fiesta de Tóxcatl, los mexicas actuaron para organizar emboscadas a los enemigos, ya que eran ocasiones únicas para deshacerse de los españoles. El autor justifica su punto de vista con base en las versiones opuestas provenientes de las crónicas coloniales, a la vez que demuestra cómo el concepto de un “ataque vergonzoso” mexica sólo tenía sentido para los frailes como Sahagún y para los nahuas coloniales, que tenían interés en renegar de los valores heroicos del pasado en favor de una nueva actitud cristiana y sumisa.

La última gran controversia con la que se cierra el libro es la de la muerte del soberano, a manos de los españoles, según las fuentes nahuas, o por su mismo pueblo, según las fuentes españolas. Una vez más, Graulich analiza los textos coloniales y las opiniones de los investigadores sin pretender unificar las versiones opuestas sino reiterando una vez más las dicotomías de los cronistas. El mal olor del cuerpo del *tlatoani* en la pira funeraria no es más que la enésima evocación mítica del deshonor y del pecado.

Esta obra admirable nos restituye la imagen de un soberano “prisionero de sus mitos”, estigmatizado por su mismo pueblo y por la historia. Su rol de chivo expiatorio tenía que permitir reabsorber la Conquista y sus amargas consecuencias en el horizonte cíclico del tiempo mesoamericano.

Mercedes Montes de Oca, *Los difrasismos en el náhuatl de los siglos XVI y XVII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2013, 668 p.

por Pilar Máñez

Desde las primeras décadas del siglo XIX, Wilhelm von Humboldt, influido por los planteamientos de Herder que prefiguraban ya el relativismo lingüístico, sostenía que el lenguaje y la concepción del mundo de cada pueblo estaban íntimamente vinculados. Esta idea, que se enmarcaba en la época en que imperaba el evolucionismo científico fue, a su vez, retomada por Sapir y Whorf, quienes diseñaron una hipótesis que continúa matizándose, cuestionándose y repensándose hasta nuestros días. Las personas son guiadas hacia diferentes tipos de observación de la realidad de acuerdo con la gramática que emplean; por tanto, además de no ser equivalentes como obser-